



BALADA PARA EL RESPETO Y EL AMOR

A las mujeres del mundo en su día y todos los días

(Palabras para mi hija Bárbara -con quien tanto quiero- que alumbrará una niña por junio florido).

*“...Tu eres mujer un fanal/
transparente de hermosura/
¡Ay de ti si por tu mal/
rompe el hombre en su locura/
tu misterioso cristal...!”*

Espronceda

“Tú eres mujer...”, palabras que se acercan al testimonio de la Biblia, donde se cuenta como a nuestro primer padre, Adán, sumido en un profundo sueño, le arrancó el Gran Hacedor una costilla y cinceló con donaire y esmero el cuerpo de Lilit, nuestra madre primigenia. Al alba de una mañana bajo la palmera de un oasis o de un cerezo en flor -donde Jehová les había regalado un fértil valle para vivir- nuestro padre, mesando los cabellos y acariciando con ternura los pechos de quien sería su esposa, la atrajo hacia sí y depositando un dulce beso en los labios le dijo: “Tú eres mujer carne de mi carne”, naciendo así el primer verso de amor de la literatura universal.

Milenios más tarde, cuando la luz del mundo ya era una amanecida consolidada, ella coqueta y melosa, la mujer -compañera del hombre, que no esclava-, le susurró al oído, en las profundidades de la cueva de Tito Bustillo lo que pudo haber sido el origen y la simbiosis del verso y la pintura: “Píntame, amor mío una yegua con sus crines al

viento”. Salomón, meditando sobre el Cantar de los Cantares, escribía sobre la espalda desnuda de la reina de Saba:

*“...He aquí que eres hermosa./
Tus ojos son como palomas/
detrás de tu velo...”.*

Cristo a la samaritana ante el pozo de Jacob, en el soliloquio sensual de una mujer y un hombre frente a frente, le dijo: “Te daría a beber el agua de la vida”. Y, con los años, un florilegio de poetas y rapsodas, trovadores y juglares han escrito los más bellos poemas

de amor dedicados a la mujer: “¡...Ah los vasos del pecho

¡Ah los ojos de ausencia

¡Ah las rosas del pubis!

Ah tu voz lenta y triste...”

(Pablo Neruda).



“Tu eres mujer un fanal...”, es decir un farol, una linterna, una antorcha, un faro en lo alto de un acantilado para señalar con tus destellos el camino a seguir en la noche oscura; a los hombres por los caminos inescrutables de la vida. Luciérnaga indispensable. Que mi luz brille en tus ojos como los tuyos alumbran la senda que he de emprender. Luz de luz. Estrella de la mañana. Compañera de auroras y crepúsculos a quien tengo que amar, proteger y respetar.

“...Transparente de hermosura...” cual rayo iridiscente y límpido de luz que entra por una vidriera sin romperla ni mancharla. ¡Ah si el hombre y la mujer fuéramos diáfanos para ver por dentro la alquimia de lo que somos!. La vida alcanzaría otra óptica y veríamos del otro lado del espejo la mentira que se oculta. Y ahora la beldad de la que decía Santo Tomás de Aquino: “La belleza es aquello cuya contemplación produce placer espiritual inmediato”.

La belleza de un cuerpo femenino. ¡Qué ambrosía contemplar el cuerpo de una mujer! Al desnudo como la “maja” de Goya o con los siete velos de Sherezzade. Espléndida. Nacarada. Delicada. Cimbreada como los juncos del río:

*“...Sus muslos se me escapaban/
como peces sorprendidos/
la mitad lleno de fuego/
La mitad llena de frío...”*

F. G. Lorca

Pero, ante todo, resulta que la mujer lleva consigo un ánima, una conciencia, un entendimiento. Un sexto sentido con el que intuye, la hace previsor y estar de vuelta cuando los hombres estamos a mitad de camino; un duende seductor, pícaro y grácil que la muestra tan diferente de su compañero. Es ahí, cuando la mujer despliega toda suerte de encantos, cuando el hombre ha de detenerse para quedarse prendado antes de mirarla de manera aviesa, darle un grito o levantar su torpe mano para castigarla.



Con el dolor humano siempre a flor de piel. “...¡Ay de ti si por tu mal...!”. Sublime ántropos y cruel al mismo tiempo. La maldad, como una de nuestras miserias, está siempre dispuesta a saltar como un áspid sobre la yugular del otro. Antes que una bofetada, el don de la palabra; antes que un empujón, un ósculo en los labios; antes que un insulto, recoja el hombre -en esta florida primavera- diez flores silvestres y ofrézcalas con amor en lugar de soltar la imprecación o un verbo mal sonante de cuya innoble acción acaba arrepintiéndose.

Hay motivos en la vida para estar enojado y así “...rompe el hombre, en su locura...” todo cuanto le sale al encuentro –en su mal heredada violencia ancestral- antes de dialogar; de mirar a los ojos; de coger una mano. El hombre que es capaz de dominar la ira tiene más posibilidades de ser feliz y hacer feliz a su compañera y a quienes le rodean. El hombre y la mujer son mundos diferentes en un mismo espacio; barro mal cocido formando un mismo cuerpo; mentes diferentes en un mismo proyecto. Ambos poseen distintas maneras cosmogónicas de mirar, pensar, oír, actuar,

ver, escuchar, sentir amar y como ayuda apacible y mansedumbre reconciliadora habrán de llegar el bálsamo del respeto y el perfume de la tolerancia para ungir las flaquezas humanas. Pasión, locura y enajenación sólo para “amarse unos a los otros”. Unos por encima de los otros con la ayuda de Eros y los dioses y diosas del amor.

Dentro de cada uno de nosotros habita un rincón oculto, misterioso, intangible, intocable y sagrado que no sabemos lo que es pero que forma parte de nuestra esencia. Eso, precisamente, es lo que somos. Eso es, sin ir más lejos, la verdad de nuestras vidas. Intentar definir “...el misterioso cristal...” de la mujer sería como percibir el sabor del agua en un arroyo, oler el aliento de la niebla, plasmar sobre un papiro el color de los ojos de Afrodita de Milos; el de los cabellos de Nefertiti; saber si la sal de la estatua de la mujer de Lot era gema o marina o poder distinguir el sexo de los ángeles. La mujer es un hermoso y frágil cristal y ha de poner el hombre sumo cuidado para no quebrarlo. Es la vidriera que nos resguarda del frío, del viento y de la lluvia. Lo da todo por los suyos. Por aquello que ama. A la mujer no hay que entenderla, hay que quererla.

Hay, en fin, una flor silvestre que habita en los jardines de siempre y un día, en un lugar invisible y etéreo donde habitan los estambres del verbo, los pistilos del arcano y del sortilegio, los pétalos del color y del perfume y la música del viento. Tal vez la mujer sea la llave de la puerta de ese espacio sacro. En todo caso -escrito queda en el verso-:

“...poesía eres tú.”

Bécquer

Se feliz en este día. Tu día. Y todos los días de tu vida.

Celso Peyroux

Teverga, 8 de marzo de 2012